

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 91
Dossier: Pedro Lastra y la Lección del Diálogo

Article 2

2020

Pedro Lastra: Poesía del otro

Marcelo Pellegrini

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Pellegrini, Marcelo (April 2020) "Pedro Lastra: Poesía del otro," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 91, Article 2.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss91/2>

This Pedro Lastra y la Lección del Diálogo is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

PEDRO LASTRA: POESÍA DEL OTRO

Marcelo Pellegrini

University of Wisconsin, Madison

Lo que diré tiene un carácter doblemente contradictorio. Por un lado es una reflexión *preliminar* sobre la poesía de Pedro Lastra; por otro, es una *consecuencia* de algo que escribí hace no mucho tiempo sobre esta obra y que sirvió como prólogo a la antología *Cuaderno de la doble vida* (Editorial Pfeiffer, 2019). Así, la contradicción de lo que diré tiene que ver con que se trata de una *consecuencia preliminar*. Viene de un texto previo y se propone como el inicio de algo, de algo futuro, quizás, sobre la poesía de Pedro Lastra, que quiere ir más allá, si es que puede, de lo que ya he dicho sobre ella.

Existen ciertos énfasis en esa obra, énfasis que podríamos llamar “temáticos”, aunque la palabra no me guste porque no creo en las lecturas temáticas de la obra de ningún poeta. Están los tópicos de siempre: el amor, la muerte, los viajes, y otros más suyos aunque igualmente universales en la tradición de la poesía lírica: la luz y la sombra, la amistad, la familia, el paso del tiempo, las bibliotecas, la historia como ruina, la naturaleza como una utopía privada, los sueños, las referencias eruditas, el súbito endecasílabo encontrado en alguna crónica colonial, la erudición hecha materia poética. Lo que aquí llamo *el otro* aparece también, porque en Lastra esa otredad ha sido una constante; pienso, sin embargo, que esa es la figura de lenguaje que más ha cambiado en la poesía de Lastra, y en esos cambios quisiera concentrarme. Desde el precozmente nostálgico hablante del poema “Ya hablaremos de nuestra juventud” (“Ya hablaremos de nuestra juventud / casi olvidándola, / confundiendo las noches y sus nombres, / lo que nos fue quitado, la presencia / de una turbia batalla con los sueños”) al “Pedro” de “Mester de perrería”, pasando por el “monarca sin cetro ni corona”

del poema “Puentes levadizos” hasta llegar a ese absolutamente notable poema en prosa titulado “Si inalterable el sueño no volviera a mí como una mano...” (uno de los dos poemas en prosa que ha escrito Pedro Lastra, ambos sobre el relato de un sueño y ambos —casi los únicos en su obra— fechados), estamos ante el otro, el “tú” o el “usted” de algunos poemas, que a veces se asemejan al hablante o adquieren una identidad parecida. Están los amigos, esos otros amorosos que aparecen en los poemas con nombre y apellido: Javier Lentini, Roque Dalton, Ricardo Latcham, Eugenio Montejo, Elías Rivers, Servio Zapata, entre otros. Y están, por supuesto, los otros amorosos-eróticos: Juanita, Irene, Mary Anna en “la casa de la cima”. Decir, entonces, que el otro ha *aparecido* en esta obra parece ser incorrecto, porque esa presencia amorosa o inquietante siempre ha estado ahí. Y sin embargo, debo insistir en ello porque a mi juicio ha habido una transformación profunda de ese otro en la poesía de Lastra. Si leemos con atención sus poemas más recientes, veremos que el otro ha alcanzado un espesor y una densidad no vistas antes en él. Quiero explorar aquí cómo ha sucedido esto y por qué.

Para eso hay que hacer un rápido recorrido por los libros más recientes de Pedro Lastra, los que van desde el 2014 hasta ahora, es decir, los que se publicaron después de *Al fin del día 1958-2013* (Sibila / Fundación BBVA, 2013), el primer libro de los suyos que ostentó como subtítulo las palabras “poesía completa”. Es decir: recopilación y revisión de lo hecho, para luego pasar a algo nuevo. Veamos, entonces, *Transparencias* (Editorial Pfeiffer, 2014) conjunto de poemas en donde ya tenemos un adelanto de lo que digo. *Transparencias* es un libro en que se reconocen las marcas más destacadas de la poesía de Lastra, especialmente la brevedad y la imagen súbita que traen ciertas presencias que coinciden, curiosamente, con “los Grandes Transparentes” de André Breton. En su “Prolegómenos a un tercer manifiesto del surrealismo” (1942), Breton habla precisamente de esos “seres hipotéticos” que quizás habitan entre nosotros y hacen reconocer al poeta francés que “[el] hombre quizás no sea el centro, el punto de mira del universo”.¹ Pedro Lastra nos confirma esto en *Transparencias* cuando reconoce a seres a mi juicio similares a los que pensó Breton:

CUANDO MENOS SE PIENSA
 los fantasmas escapan de sus madrigueras,
 y recobran su ser
 al llegar a la casa del que vela.

(*Poesía completa*, 199)

DESDE ESTA ZONA DE PENUMBRAS VEO
 pasar tu imagen
 lenta y nítida, lejos

por el cielo de una ciudad
 donde sé que no estás,
 y es tu imagen real
 que se acerca otra vez a la tierra
 y llega a mí
 como si fueras una transparencia.

(204)

Ya tenemos ahí un indicio del espesor del otro que nos hace pensar inevitablemente que no somos el centro del universo ni su punto de mira. Cuando Lastra publicó en 2016 su *Poesía completa* (Editorial Universidad de Valparaíso, 2016) agregó al libro no solo *Transparencias* sino también una serie de poemas inéditos que intensifican lo que estoy diciendo. Por ejemplo, el poema “Regreso”:

Años y meses fantasmales
 embellecidos por el viento,
 vuelvan a mí por una vez
 con lo perdido y olvidado.

(217)

Una admonición a los fantasmas, podríamos decir, o una petición para que vuelvan a habitar el lugar que les corresponde. Pero es el poema “Visitante” una de las mejores y más intensas muestras de lo que sugiero aquí. El “gran transparente” aquí es una persona de carne y hueso, una presencia absoluta, si queremos, aunque tenga rasgos ilusorios:

Alguien llama a la puerta, y luego sigue ahí,
 más allá de nosotros pero inmóvil
 sin gesto alguno,
 ni airado ni amistoso,
 al modo en que se acercan
 las personas de un sueño
 a reclamar su sitio y su dominio;
 entonces
 qué podemos hacer sino invitarlo
 a recorrer la casa, y enseguida
 caminar junto a él
 acordando sus pasos y los nuestros
 uno a uno

(220)

Aquí, me parece, hay algo nuevo, algo verdaderamente inédito en esta poesía. De las imágenes nítidas pero lejanas de seres más bien fantasmales, pasamos a la presencia de un extraño cercano al punto de caminar junto a él y recorrer “la casa”. ¿Qué sucedió? ¿Qué pasó en la poesía de Lastra que esas presencias ahora son más reales, más “de carne y hueso”, podríamos decir? Poco a poco el hablante asume la identidad del visitante (“acordando sus pasos y los nuestros”) y camina junto a él en un viaje cuyo trazo es el de la muerte y el silencio. La casa del poema es el mundo entero que se disponen a recorrer. Sucede, entonces, que los grandes transparentes han tomado forma, han llegado hasta aquí, quizás desde muy lejos, y la poesía de Lastra no ha hecho más que darles la bienvenida, “mas allá de nosotros pero inmóvil”.

En *Cuaderno de la doble vida*, antología que repite el título de otra antología de Lastra publicada en 1984 y que es su extensión y variante, esas presencias continúan. En ese libro se incluyen más inéditos que intensifican esas presencias de las que venimos hablando. Por ejemplo, en “Visiones reales”:

Asistir al regreso de los viejos amigos
sintiéndolos pasar
como si fueran parte del sueño de los otros,
y verlos detenerse un instante, un solo instante,
impacientes por seguir su camino.

(*Cuaderno de la doble vida* [2019], 118)

O en “Reunión de familia”, donde “Padre y madre me visitan en sueños” y hablan con el hijo, adelantando que caminarán por “aquella planicie”. Presencia de la muerte, sin duda, pero de una muerte que se acerca mucho a los “cantos melodiosos” de los que habló luminosamente el filósofo francés Vladimir Jankélévitch en ese libro admirable que es *La muerte* (1966), en donde esta no es silencio apoético sino inicio de la poesía.

De una manera incluso para mí sorpresiva, he creído ver en esta nueva etapa de la poesía de Lastra coincidencias con la poesía de James Laughlin, uno de los grandes poetas norteamericanos del siglo XX, fundador de la editorial New Directions. Heredero de una de las fortunas del acero de Estados Unidos, animador cultural, director de revistas, discípulo de Pound y de William Carlos Williams, Laughlin se destacó por una poesía de altísima intensidad erótica y también satírica, así como por haber asimilado las mejores lecciones del “speech” o del habla, en la mejor tradición de Eliot, Pound y Williams. Toda comparación entre un poeta y otro es arbitraria, ciertamente, y esta no es la excepción. Pero me permito hacerla aquí porque precisamente las coincidencias de tono y la idea general del encuentro con

el otro fantasmal pero de carne y hueso son demasiado grandes como para pasarlas por alto. Cito un poema de Laughlin a modo de ejemplo. Se llama "The Stranger" ("El desconocido"), y dice así:

Sentí que golpeaban la puerta; la abrí.
Era un hombre joven que no pude reconocer al principio.
Pero cuando oí su voz supe quién era.
Era yo mismo unos treinta años antes.

Le dije que entrara y preparé café.
¿Por qué nunca me escribiste? Pensé que habías muerto.
Ojalá a veces hubiera estado muerto, habría sido mejor así.
¿Dónde estuviste todos estos años?
¿Cómo fue que dijo el viejo poeta?: A través de muchas tierras
Y por muchos mares, he visto demasiado.
¿Y qué hacías? Se encogió de hombros.
Con frecuencia no sabía lo que hacía.
Se podría decir que estaba intentando distinguir
Entre lo que era real y lo que no.
Hice mucho daño, la mayoría de las veces a mí mismo.

Hablamos por muchas horas, hasta que dijo que tenía que irse.
Le rogué que se quedara, le dije que podíamos vivir juntos.
Pero se rehusó. Hay muchas cosas que debo hacer todavía, [tengo
mucho que aprender.
Puede ser que vuelva, puede ser que no, pero fue bueno estar contigo.
Y me alegro de que no hayas cambiado, que sigas siendo el mismo.²

El poema de Lastra es más reticente, más medido incluso, pero la escena es prácticamente la misma. Laughlin escribió también un poema que se llama "La visitante inesperada", en donde una mujer completamente desconocida se encuentra un día cómodamente instalada en el living de su casa y el hablante, quien no tiene idea quién es, comienza a conversar con ella. O en el poema "El hombre en el muro", en donde el hablante está un buen día esperando el bus que lo lleva a casa cuando de pronto nota un movimiento extraño en el muro de ladrillo junto al paradero, de donde sale un hombre cuya figura se distingue como un cuerpo más aunque sin rostro definido, gesticulando como si quisiera decir algo, para luego desaparecer. O en "La musa de Akhmatova", poema que relata una noche de insomnio de la poeta rusa esperando la musa que la visita todos los días. Esa musa no es la mera inspiración, sino una figura casi humana que conversa con la poeta. Y así. Los ejemplos podrían seguir. Dos poetas de distintas latitudes, de generaciones distintas, coinciden en ese espacio, en ese "punto" bretoniano

donde el punto de mira ya no somos nosotros, sino el lenguaje mismo, que no hablamos porque nos habla.

Dejo de lado otros aspectos sobre la poesía de Pedro Lastra que trataré en el futuro pero que me permito mencionar brevemente aquí, entre ellos uno de los que más me han sorprendido como lector: la visión apocalíptica del universo, presente en el notable poema “El sueño de Durero (7-8 de junio de 1525)”: “Un fin de mundo es lo que vio Durero / una noche de junio, hace quinientos años, / y escribió al despertar la diluvial violencia / de esa masa de agua que caía / con crueldad, con ruido y espumaje (...)” (*Cuaderno de la doble vida* [2019], 123). Ya termino: he insistido en que este otro casi real, o con una intensidad casi real, es algo nuevo en la poesía de Lastra. *Cuaderno de la doble vida* finaliza con un solo verso, todo en mayúsculas y sin título, que señala también a ese otro: “UNA MANO SE POSA EN MI HOMBRO Y ME LLAMA”, lo que viene a confirmar mi hipótesis inicial. Pero quizás tenga que desdecirme, porque ese verso no es nada nuevo... pertenece a *Traslado a la mañana*, el segundo libro de Pedro, de 1959. Remontarnos al pasado para llegar a lo nuevo. No cabe más que repetir lo que dijo Pascal: no te buscaría si ya no te hubiera encontrado.

NOTAS

1 André Breton. *Manifiestos del surrealismo*. 2ª edición. Traducción de Aldo Pellegrini. Editorial Argonauta, 2001.

2 James Laughlin. *The Man in the Wall*. New Directions, 1993, p. 40. Traducción de Marcelo Pellegrini.